

# LA CAMPAÑA ELECTORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS Y LOS ASUNTOS DE POLITICA EXTERIOR

Por S. WALTER WASHINGTON\*\*

LA conexión entre la campaña para elegir al Presidente de los Estados Unidos en 1964 y la política internacional es como un camino por el cual se puede transitar en ambas direcciones. En esta ponencia discuto primero los efectos de la campaña en los asuntos mundiales y en actitudes oficiales del gobierno de los Estados Unidos y de algunos otros gobiernos y también hago algunos comentarios sobre la opinión mundial. La segunda parte enfoca el papel que los asuntos exteriores desempeñaron en la campaña misma.

## I

Las elecciones periódicas son factores básicos en la vida política norteamericana. En consonancia con la emergencia de nuestro liderazgo en el mundo, las elecciones presidenciales, que se celebran cada cuatro años, se han convertido en fenómenos que los dirigentes de otros países, ya sean amigos o enemigos, deben tomar en cuenta al formular sus planes. Cada cuatro años, durante varios meses, la maquinaria política internacional debe desviarse de su curso regular. El ritmo se vuelve más lento y muchas decisiones tienen que ser pospuestas. En parte, se trata de un ajuste que se hace con los funcionarios norteamericanos, preocupados en esos días con problemas de política nacional. Pero, además, algunas de las acciones y omisiones de los gobiernos extranjeros son determinados por sus posibles efectos en el votante norteamericano. Personas que viven más allá de nuestras fronteras creen

\* Traducción de José Emilio González para la *Revista de Ciencias Sociales*.

\*\* Funcionario del Servicio Extranjero, retirado. Profesor visitante en la Universidad de Puerto Rico.

que las decisiones de ese elector son importantes y que conviene a sus intereses la discreción en actividades que el votante puede observar.

En lo que concierne a la campaña reciente, la primera ilustración bien clara de lo que acabo de decir fue la postposición de la apertura de la sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, de septiembre al 10 de noviembre, no sólo para complacer a nuestros líderes sino también para evitar cuestiones que hubieran podido involucrarse con la política nacional norteamericana en momentos críticos. Desde luego, muchas naciones acogieron con beneplácito la postergación de un enfrentamiento con los soviéticos sobre el pago de cuotas, pero la campaña electoral constituyó la razón principal. La llamada "Ronda Kennedy" de las negociaciones tarifarias, que evocará protestas de algunas firmas norteamericanas alegando que se está sacrificando sus intereses, fue felizmente señalada para después de los comicios. Este cambio también se debe a los problemas que han surgido entre los miembros del Mercado Común Europeo.

En la esfera de la O.T.A.N., se aplazó una decisión sobre la flota nuclear, con tripulaciones mixtas, hasta fines de año, pero la razón principal debe ser atribuida a las elecciones en la Gran Bretaña. Ningún gobierno británico podía comprometerse con unos sufragios a la vista. Sin embargo, es muy posible que la actitud norteamericana fuera afectada también por la campaña, como lo ha sugerido James Reston en un despacho desde Washington, publicado en el *New York Times* del 21 de diciembre, donde él describe las instrucciones del presidente Johnson a los Departamentos de la Defensa y de Estado en el sentido de que realicen todos los esfuerzos posibles en el nuevo año para volver a unir a las naciones de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte. Reston declara: "Durante la campaña electoral cuando el presidente Johnson estaba preocupado con los asuntos políticos, algunos funcionarios ejercieron presión sobre los aliados para que estos se mostraran de acuerdo con el programa de la flota. Esto, a su vez, ha incrementado las divisiones dentro de la alianza". Aunque es improbable que el presidente estuviera tan preocupado como para no saber lo que sus subordinados estaban haciendo al respecto, cabe muy poca duda de que la actitud del general De Gaulle es un factor importante en cualquier cambio de política, inaugurado por el presidente. Es pertinente observar que las vigorosas amenazas de De Gaulle al Mercado Común europeo y a la O.T.A.N. fueron formuladas durante la semana que siguió a las elecciones norteamericanas. Durante la campaña electoral él desarrolló una propia en favor de la "grandeur" de Francia, tanto en Europa como en la América Latina, pero tuvo el cuidado de no enfrentarse directamente con lo

intereses norteamericanos hasta que pasaron los comicios. Este es un buen ejemplo de omisión para ajustarse a la campaña en los Estados Unidos.

Muy pocas personas sostendrían que el presidente Johnson estaba demasiado preocupado con la campaña como para no saber lo que su gobierno estaba haciendo con Vietnam del Sur. Los acontecimientos en aquella región y los comentarios de sus contrincantes políticos en Estados Unidos se lo hicieron muy presente. Aquellos norteamericanos que piensan equívocamente que es preciso que cada problema internacional tenga una solución y se impacientan porque no se la encuentran enseguida (así como aquellas personas, norteamericanas y extranjeras, a quienes les gustaría ver a los Estados Unidos sufrir una derrota humillante) llegaron a la conclusión de que el Presidente había hecho una decisión y sólo estaba postergando hasta después de los comicios alguna acción radical que pusiera fin a la pesadilla. Sobre esto se le hizo una pregunta al secretario de Estado Dean Rusk, en rueda de periodistas celebrada el ocho de octubre. Rusk contestó: "Me gustaría remachar esto tan duramente como fuera posible", y procedió a añadir que lo que nosotros haríamos en Vietnam dependería de lo que se decidiera en Pekín y Hanoi. Concluyó: "No estamos ocultando nada o posponiendo o marcando el tiempo o negándonos a tomar decisiones que son exigidas por la situación porque se esté desarrollando una elección en este país. Ningún presidente podría hacerlo, republicano y demócrata y esa manera de hablar no contiene nada en absoluto". Todo lo que ha sucedido desde los sufragios hasta el momento en que se escribe esta ponencia, o sea casi dos meses, apoya lo dicho por el señor Rusk. No existe evidencia alguna de decisión o acción post-electoral que no haya sido provocada primordialmente por los acontecimientos actuales en Vietnam.

Durante la campaña, los funcionarios del Departamento de Estado y de otras entidades de la rama ejecutiva del gobierno que tienen que ver con los asuntos exteriores continuaron sus trámites con otros gobiernos en forma normal. Hubo reuniones con delegaciones del exterior, como por ejemplo la que hubo con el ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gobierno laborista inglés, pero fue notoria la falta de declaraciones comprometedoras sobre el futuro. Hubo una ruptura de precedentes, cuando los secretarios de Estado y de Defensa tuvieron una participación mayor en la campaña. El secretario de Estado Rusk en una entrevista con los periodistas ("Meet the Press") del 30 de agosto dijo que, si se discutía la política exterior, por qué debería permanecer silencioso el secretario de Estado. Señaló que cuando, por ejemplo, se implicaba que el presidente había autorizado

a los comandantes militares en el Golfo de Tonkín el uso de armas nucleares, él, Rusk, se veía precisado a esclarecerlo de inmediato: "De otra manera, tendríamos a docenas de embajadores aquí preguntando qué estaba sucediendo". Una de sus contribuciones positivas fue su anuncio sobre la inminente explosión atómica de la China comunista. Rusk hizo su anuncio para anticiparse a la crítica de Goldwater sobre la capacidad de la administración en la materia de inteligencia. El resultado fue que aumentó el reconocimiento mundial de esa capacidad.

La cuestión de si se violaron las normas de seguridad militar, de si secretos vitales a nuestra defensa fueron revelados por la administración, al contestar ataques por sus adversarios, es difícil de contestar, porque sólo aquellos que conocen de tales secretos pueden estimar la seriedad de declaraciones descuidadas. Además, ¿quién puede decir lo que los expertos al servicio de nuestros enemigos pueden descubrir en tales declaraciones o aun en manifestaciones inocentes hechas por nuestros altos funcionarios? Después de las elecciones de 1960, el vicepresidente Nixon se quejó de que no le había sido posible refutar las acusaciones de Kennedy de que la Administración de Eisenhower no estaba haciendo nada sobre Cuba, porque él no podía revelar que la Agencia Central de Inteligencia estaba adiestrando refugiados cubanos para una invasión. Hasta la fecha no ha habido quejas similares por parte de la administración de Johnson, pero también es probable que a los victoriosos ya no le interesen.

Para los lectores de periódicos es evidente que Sir Alec Douglas-Home fijó la fecha de los comicios británicos lo más tarde posible, dentro del lustro de vida que la ley inglesa permite a un gobierno porque él creía que las oportunidades de su partido podrían mejorar para entonces, en comparación con lo que sucedería si las elecciones se celebraban antes de 1964. Y, sin embargo, uno se pregunta si la perspectiva de un período tranquilo en la política internacional durante una campaña electoral norteamericana no constituyó un factor benéfico. En todo caso, cuando recordamos la última vez que hubo un cambio de conservadores a laboristas —durante la Conferencia de Potsdam—, es probable que exista un sentimiento de gratitud hacia el sistema norteamericano en los corazones de los líderes del nuevo gobierno y de aquellos miembros del Servicio Civil que son en la Gran Bretaña tan esenciales para la tarea de educar a sus superiores recién electos. A todos los interesados se les concedió una breve pausa para ajustarse a sus nuevas responsabilidades, cosa con que no pudieron contar sus predecesores de 1945.

El misterio que rodea la caída de Khrushchev en medio de la campaña electoral norteamericana deja amplio campo para toda clase de

conjeturas sobre si la pausa en la actividad internacional tuvo algo que ver con la sincronización del cambio ruso. Se recordará que poco después de la convención republicana en San Francisco, Khrushchev acusó estrepitosamente en Varsovia al candidato Goldwater de belicismo. Luego aseguró a personas que lo entrevistaron en Moscú que el gobierno ruso nada haría para complicar la campaña norteamericana y desde entonces nada salió de sus labios o de los de cualquier otro funcionario soviético sobre este asunto. ¿Acaso el exabrupto de Varsovia fue un ejemplo de la falta de prudencia de que sus sucesores acusan a Khrushchev? Ciertamente, hubo una decisión posterior tomada ya por un Khrushchev más sobrio o por una autoridad colectiva. Desde entonces, parecen haberse concentrado en poner su propia casa en orden. Una vez más, se puede decir que deben estar agradecidos por el intervalo creado por el sistema político norteamericano aun cuando no fuera un factor en la sincronización de sus cambios políticos nacionales. Como nota al calce a estas observaciones sobre nuestros asuntos con Rusia, es pertinente observar que los dirigentes ejecutivos y legislativos norteamericanos acordaron tácitamente que estos últimos no celebrarían audiencias hasta el nuevo año sobre el Tratado Consular firmado en junio con los soviéticos y éstos no protestaron de la demora.

En lo que respecta a nuestras relaciones con la América Latina, las decisiones sobre Panamá y el Canal, o por lo menos declaraciones sobre ellas, fueron definitivamente pospuestas hasta después de las elecciones panameñas y de los comicios presidenciales norteamericanos. La política con respecto a Cuba parece no haber sido afectada por la campaña, pero Fidel Castro proclamó en voz alta su preferencia por Johnson, como el menor de los males, desde su punto de vista. Nuestra campaña coincidió con elecciones y períodos de transición entre gobiernos en México y Chile. En el Brasil, donde un nuevo gobierno se está estabilizando, y en otros sitios, todos los países estaban ocupados con sus problemas nacionales y con la Alianza para el Progreso, tema que apenas fue rozado en la campaña. No hay evidencia de que la pausa en la actividad internacional afectó a la América Latina y sus relaciones con los Estados Unidos, excepto el aplazamiento de discusiones y decisiones sobre Panamá y el canal.

Khrushchev y Castro fueron los únicos jefes de gobierno que manifestaron preferencias por cualquiera de los candidatos presidenciales. Los comunistas chinos y su satélite en Vietnam del Norte, naturalmente, los condenaron a ambos. Pero en el resto del mundo, funcionarios responsables se cuidaron de no ser sorprendidos interviniendo en la lucha política nacional norteamericana. Esto, sin embargo, no puede decirse de la prensa y del público.

Los europeos occidentales expresaron al principio su inquietud ante la candidatura de Barry Goldwater. El que este aprovechara factores de descontento les hacía recordar el nazismo. Al comenzar la campaña, Goldwater defendió la idea de una independencia de acción norteamericana y esto pareció fortalecer la tesis del general De Gaulle de que a la postre nos retiraríamos de Europa. Su renovado énfasis en los puntos de vista tradicionales sobre nuestra invencibilidad les hizo recordar su escepticismo de hace una década sobre nuestra capacidad de liderazgo. Las contradicciones posteriores de Goldwater sólo hicieron aumentar aquel sentimiento de inquietud puesto que revelaba inestabilidad de carácter. Con ellas, amenazaba una marcha atrás en la notable evolución de nuestro liderazgo en la postguerra, que llegó a su culminación con el triunfo de Kennedy en la crisis de los proyectiles teleguiados de Cuba y que ha sido continuada, en un alto nivel, por su sucesor. El *London Economist*, del siete de noviembre, decía en su editorial principal: "La estabilidad y la continuidad de la política y de la opinión norteamericana son tal vez los hechos más destacados de la era de la post-guerra." Esto era lo que Goldwater parecía poner en entredicho. Sin embargo, las informaciones de prensa y las encuestas que demostraban que el Presidente Johnson estaba en la delantera por mucho, sirvieron para infundir nueva seguridad. C.L. Sulzberger informó desde París, en un despacho publicado el 14 de noviembre en el *New York Times*, que la victoria abrumadora de Johnson produjo poca conmoción en Europa. Parece que ya se la daba por sentada. A todo esto, España fue la excepción. Algunos de sus periódicos expresaron admiración por las supuestas políticas de Goldwater.

Durante la campaña, Goldwater hizo muy pocas declaraciones sobre la América Latina, salvo con referencia a Cuba. Se informa que su actitud beligerante hacia Cuba estimuló las esperanzas de las fuerzas anticomunistas en el Caribe. Los elementos de la derecha en todo el Continente aplaudieron sus ataques al Estado Providencia. El resto, tanto la prensa como el público, dieron un respaldo estruendoso al presidente. Su popularidad no podía compararse con el entusiasmo que evocaron Franklin D. Roosevelt y John F. Kennedy, quienes usaron un lenguaje que encontró acogida cálida al sur del Río Grande, pero ha habido muy pocas críticas a Johnson, aparte de la usual agitación anti-norteamericana. Tanto la prensa como el público expresaron satisfacción ante su victoria.

Para resumir los efectos de la campaña sobre las relaciones de los Estados Unidos con otros países; todo se desarrolló bastante conforme a lo planeado. No hubo reveses inesperados. En ninguna de las

áreas de crisis causó modificación seria en la política norteamericana. Ninguno de nuestros enemigos, hasta donde se sepa cuando se escribe este artículo, tomó ventaja del período de calma para hacer algo mientras pensaba que nosotros no lo estábamos viendo, que no hubiera hecho de cualquier modo. La actividad internacional disminuyó, notablemente a causa de la posposición de la Asamblea General de las Naciones Unidas, pero de las otras suspensiones de acción y decisión muy pocas pueden ser atribuidas a la campaña electoral norteamericana. Se tiene la impresión general de que hubo un acomodo al ciclo político norteamericano, hasta el punto de sugerir que ayudó a los rusos al crear una pausa que les permitió prestar atención a sus asuntos nacionales y, tal vez también, a sus relaciones con los chinos, con poco riesgo de que nosotros pudiéramos aprovecharnos de cualesquiera dificultades que pudieran emerger inesperadamente. Lo más importante de todo fue la demostración de cómo funciona la democracia norteamericana. Las políticas fundamentales fueron impugnadas pero el debate en torno de ellas se desarrolló dentro del marco de la Constitución, mientras el mundo hacía de espectador.

## II

Si el efecto de la campaña sobre los asuntos de la política exterior fue menos sensacional de lo que podría esperarse, lo mismo no puede decirse sobre la proposición converso, el efecto de aquellos asuntos en la campaña. Desde el principio fue evidente que el senador Goldwater haría de la política exterior el tema de discusión principal y al final se informó en la prensa que él atribuyó su fracaso, en gran parte, a la imagen errónea que de él se formó el público como persona muy dispuesta a halar el gatillo; tan dispuesta que no se le podía confiar su manejo.

Goldwater entró en la competencia con el historial de jamás haber votado en favor de partidas presupuestales para dar ayuda a los países extranjeros y de haber votado contra el Tratado que Prohibe las Pruebas Nucleares. Durante la administración de Eisenhower, Goldwater fue a menudo un crítico de sus políticas progresistas hacia el extranjero. Antes de ser nominado como candidato para la presidencia, siguió la tendencia de sus seguidores de la extrema derecha, al concebir nuestra posición internacional como una especie de guerra santa contra todas las fuerzas del mal, pero después de la Convención de San Francisco se apartó de tal tendencia, cayendo en contradicciones. En ocasiones dijo que como presidente él seguiría las políticas de la administración

de Eisenhower, pero, conforme a su postura anterior, condenó a todos los países comunistas, sin diferenciar entre las maneras de tratar a Yugoslavia, a Rusia y a la China roja. Goldwater trató de contrarrestar la acusación de que se hallaba muy dispuesto a tirar del gatillo, dando seguridades sobre sus deseos de paz, más estaba en contra de sentarse a la mesa de conferencias con los comunistas y contra "la construcción de puentes hacia el Este". Al principio era partidario de que se le retirara el reconocimiento de la Unión Soviética. Luego modificó esa posición diciendo que "la posibilidad de retirar el reconocimiento debiera mantenerse como una espada que pende sobre la cabeza del Kremlin". Estas y otras contradicciones —como la de retener el poder en manos de los Estados Unidos mientras que confiaría al comandante de la O.T.A.N. la responsabilidad de iniciar el uso de las armas nucleares— y las modificaciones que introdujo a declaraciones previas —como la de retirarnos de las Naciones Unidas— confundieron a muchos que en principio querían votar por los republicanos y empujaron a muchos periódicos que normalmente son republicanos a dar su apoyo a Johnson. Goldwater constantemente machacaba sobre lo mal que la administración dirigía la guerra en Vietnam del Sur sin proponer solución alguna por su parte, excepto que él le diría a los generales que tienen que ganar y entonces dejarlo todo a ellos para que ganen, o que al inaugurarse enviaría al general Eisenhower a investigar y sugerir una solución. A pesar de la preocupación, apenas disimulada, que su candidatura estaba causando en la mayoría de los aliados de los Estados Unidos y de sus declaraciones nacionalistas y hasta a veces belicistas, insistió en que como presidente fortalecería las alianzas que los demócratas habían permitido que se deterioraran. Se quebró la frente en Cuba cuando sugirió que se enviara a la Infantería de Marina a abrir las llaves de agua de Guantánamo y la administración de Johnson tranquilamente decidió obtener el agua en otra parte.

Frente a tales tácticas, no le fue difícil al presidente mantener la discusión de los asuntos de política exterior en un plano elevado, apenas si mencionando por su nombre al senador, pero contestando tajantemente, a menudo con sarcasmo, a sus ideas. La mayor parte del tiempo Johnson podía depender de su propio historial y los acontecimientos durante la campaña le dieron oportunidades de demostrar su capacidad. El control que demostró al enfrentarse a los ataques contra nuestros barcos de guerra a principios de agosto en el Golfo de Tonkín despertó el recuerdo del presidente Kennedy durante la crisis de los proyectiles teleguiados de Cuba y fortaleció la imagen de Johnson como sucesor del presidente asesinado. Su discurso del 14 de octubre en el Banquete en Memoria de Alfred E. Smith, reunión de carácter no-partidista



en la que estuvieron el gobernador Rockefeller y otros republicanos, sirvió para describir sus principios de política exterior y sus fines, en consonancia con aquellos de sus predecesores en el período de la post-guerra, tanto republicanos como demócratas, atrayendo a todos salvo los seguidores extremistas del senador Goldwater. La exitosa explosión de la bomba atómica china, la caída de Khrushchev y la victoria del Partido Laborista en la Gran Bretaña le suministraron otras oportunidades para fortalecer la confianza pública en él. Canceló un viaje político a Tejas e hizo un informe televisado al pueblo norteamericano sobre política internacional, evitando la mención de su contrincante en la campaña, y logró dar la impresión de que se trataba de una jornada presidencial y no meramente de un discurso electoral. El *London Economist*, en su edición del 24 de octubre, informó en su sección "American Survey" sobre estos acontecimientos bajo el título de "Rescatado por el Mundo". La información del *Economist* decía: "La caída del señor Khrushchev se dio a conocer justamente cuando se afilaban los cuchillos para aprovecharse de la súbita desgracia del ayudante del presidente, Mr. Walter Jenkins, ocurrida el día antes. De pronto, la contienda presidencial quedó rescatada del pantano de la calumnia personal". En 1960, el partido en el poder no pudo refutar las acusaciones de sus opositores sobre un atraso inexistente en el desarrollo de los proyectiles y cohetes teleguiados. En la lucha de 1964, el presidente Johnson surtió un efecto más convincente al dar seguridades de que se había tomado medidas para cualquier acontecimiento previsible en relación con el control de las cargas nucleares en el extranjero, control que está en manos del presidente. En cuanto a los detalles, naturalmente, él no podía revelarlos.

Los comentarios de casi todos los observadores parecen coincidir con el propio senador Goldwater en el sentido de que la política exterior fue el factor decisivo en el resultado de las elecciones. En la mayoría de Johnson figuraban muchas personas que estaban de acuerdo con las críticas formuladas por Goldwater contra el Estado Providencia, muchas que estaban insatisfechas con la política agraria de Kennedy y de Johnson, muchas que se oponían al programa sobre los derechos civiles, muchas que desconfiaban de la política fiscal inspirada por Heller y muchas a quienes nada les gustaba el olorillo que despedían los escándalos de Bobby Baker y Walter Jenkins. Sin embargo, esas personas votaron en favor de Johnson, pero no fue meramente una victoria para el candidato demócrata. Fue un triunfo para la democracia norteamericana la forma como Johnson manejó la política exterior sin incurrir en incongruencias, a pesar de los obstáculos que Alexis de Tocqueville recalcó hace más de un siglo. La mayoría de

los electores reveló estar muy conscientes de los problemas de la política internacional, conscientes de la importancia vital que tienen esos asuntos para ellos y para el país. Ratificaron los principios básicos que han sido establecidos bajo la dirección de ambos partidos.

Es bueno recordar que esa fue una campaña muy singular y que no establece un precedente para el futuro. La competencia más normal —una entre dos candidatos que están de acuerdo con las cuestiones fundamentales, pero cada uno tratando de probar que puede *hacerlo mejor que el otro*— estimula a hacer las promesas más irrealizables y también ofrece mayor tentación a los países extranjeros para hacer declaraciones en contestación a dichas promesas. Los debates entre Kennedy y Nixon con relación a Cuba, en la campaña de 1960, y su relación causal con el desastre de la Bahía de Cochinos, pueden proveer material para el estudio de un caso más aleccionador que la campaña de 1964 entre Lyndon Johnson y Barry Goldwater.